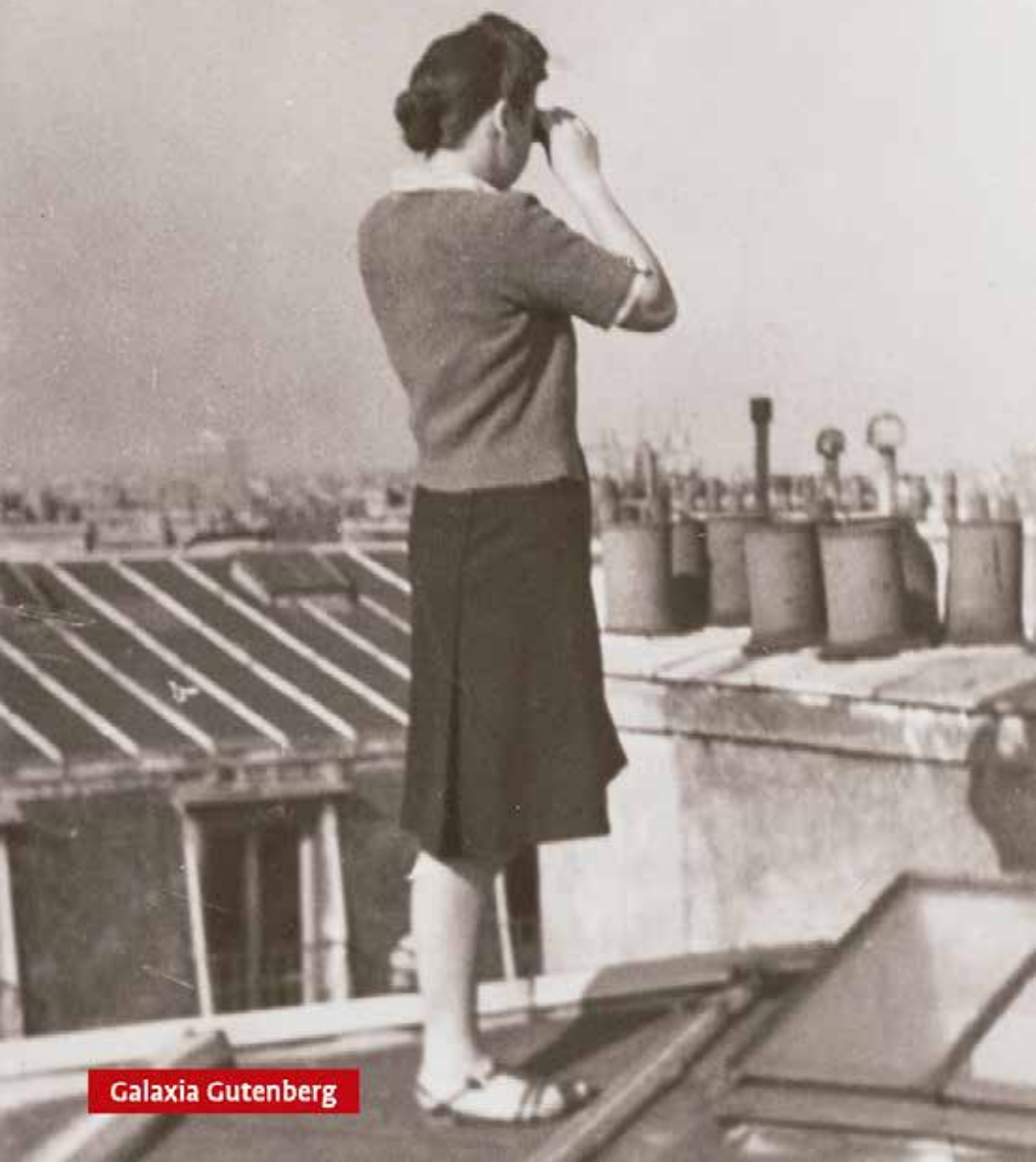


Mercedes Monmany

Algo quedará de mí

Historia de diez heroínas de la
Resistencia en el campo de Ravensbrück



Galaxia Gutenberg

MERCEDES MONMANY

Algo quedará de mí

Historia de diez heroínas de la Resistencia
en el campo de Ravensbrück

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2026

© Mercedes Monmany, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 552-2026
ISBN: 979-13-87605-73-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

1. Germaine Tillion: La etnóloga	9
2. Charlotte Delbo: La dramaturga	43
3. Geneviève de Gaulle: La resistente	83
4. Violette Szabo: La espía	127
5. Anne de Bauffremont: La aristócrata	161
6. Marie Skobtsova: La santa	199
7. Lise London: La brigadista	253
8. Margarete Buber-Neumann: La testigo	291
9. Milena Jesenská: La periodista	337
10. Grażyna Chrostowa: La poeta	373
Bibliografía	423



I

Germaine Tillion: La etnóloga

En uno de los grandes clásicos sobre los campos nazis escritos por mujeres, el magnífico *Ravensbrück* (1972), la célebre resistente, etnóloga y especialista en el África bereber, Germaine Tillion (Allègre, Haute-Loire, 1907-Saint-Mandé, Valle del Marne, 2008), una heroína y luchadora sin igual de las más diversas causas de nuestra época, enterrada en el Panteón de París junto a otra famosa compañera, también resistente, deportada en el mismo campo, Geneviève de Gaulle –una sepultura simbólica, con el ataúd vacío, ya que las familias prefirieron que permanecieran en los cementerios donde habían sido enterradas anteriormente–, pondría de manifiesto una solidaridad entre las presas que se convirtió en una especie de cordón sanitario sin igual para evitar la total destrucción planeada por los nazis.

Un libro, hoy fundamental, el de Germaine Tillion, que siempre fue más allá con su mensaje. No solo se trataría de Ravensbrück y la Alemania nazi. Germaine Tillion fue una de esas personas para las que la lucha contra el totalitarismo no se detuvo en el año 1945, al otro lado del Rin. Más tarde, la guerra de Argelia le

dio la oportunidad de combinar la lucidez con el coraje que siempre la había caracterizado, además de la férrea decisión de no separar jamás el pasado del presente. De Ravensbrück a Argel, un idéntico heroísmo discreto y decidido llevó a Germaine a dar testimonio y a arriesgarlo todo antes que ceder a la amenaza totalitaria. En el futuro, *Ravensbrück* tendría que ser leído por todos aquellos que se negaban a caer en las redes pervertidas, acomodaticias o incluso negacionistas de la amnesia y la indiferencia.

Si logré sobrevivir –diría en aquella obra ya mítica sobre su paso por el universo concentracionario esta gran intelectual francesa que fue Germaine Tillion, a la que Tzvetan Todorov le consagraría un inolvidable retrato en su libro *La experiencia totalitaria*– se lo debo, ante todo y sin lugar a duda, al azar. Seguidamente, a la ira, la voluntad de desvelar estos crímenes. Y, por fin, a una coalición hecha por la amistad, ya que hubo momentos en que había perdido el deseo visceral de vivir. Estos hilos tendidos por la amistad estaban como sumergidos bajo la brutalidad desnuda de un arrasador egoísmo. Pero todo el campo estaba invisiblemente tejido a través de ellos. Unían a «familias» que fueron, a menudo, reducidas; dos, tres, cuatro mujeres del mismo pueblo, del mismo *affaire*, o que se habían encontrado en la misma célula, en el mismo vagón, en el momento de la partida, y que luego se pegaban las unas a las otras para no derrumbarse. Las grandes divisiones, más todavía que las de las nacionalidades, de los partidos o de las religiones, fueron las de las lenguas. Hubo, sin embargo, cadenas de ayuda mutua que iban más allá de las nacionalidades, haciendo circular observaciones, deducciones y también, por supuesto, amistad. Frente a estas cadenas de ayuda había cadenas organizadas de asesinos. Porque matar en serie no es tan fácil, fuera de una organización especialmente organizada para ello (es decir, fuera de las «factorías destinadas a matar» de Auschwitz y de Lublin-Majdanek).

De modo parecido, refiriéndose a estas «coaliciones», a veces insólitas, pero muy firmes e indispensables, surgidas en pleno infierno, también hablaría la política y antigua presidenta del

Parlamento Europeo, Simone Veil, deportada a los diecisiete años a Auschwitz. Lo hizo en una película realizada por la Fundación para la Memoria de la Shoah. Unos textos magníficos que luego serían recogidos bajo el título de *Seul l'Espoir apaise la douleur* (*Solo la esperanza calma el dolor*):

El tema de la solidaridad es interesante porque la hubo, y la hubo más, y también menos, de lo que se haya podido decir. Vivíamos unas amontonadas encima de otras, esto ya se sabe. Pero, aparte de esto, siempre había una familia, y muy a menudo, una amiga, que se había conocido en prisión, bien en Drancy –campo de tránsito junto a París, donde se concentraba a los judíos y resistentes antes de ser embarcados en trenes hacia el este– o bien en el trabajo. Por tanto, se establecían enseguida pequeños núcleos de solidaridad entre gente que compartía todo. Estuve observando sobre todo a aquellas jóvenes polacas o eslovacas que se habían convertido en jefas de los bloques o en *kapos*. A veces eran sumamente duras porque habían estado desde 1939 en los guetos y habían perdido a toda su familia; en ocasiones, treinta o cuarenta personas habían sido fusiladas ante sus mismos ojos. Así, de golpe: fusiladas. Algunas de ellas ocupaban puestos de responsabilidad, estaban en el campo desde hacía tiempo y se habían endurecido terriblemente. Yo me decía que tan solo les había quedado una cosa: poder compartir no importa qué entre ellas. Darían la vida la una por la otra. Sin esto, dentro de ellas, en lo más profundo, ya no habría nada de humano; no tenían a nadie, no tenían absolutamente nada. Cuando luchaban, luchaban por ellas, pero también por su compañera. Muy a menudo hubo esta clase de solidaridad. Y no solo entre amigas, sino cuando se veía a alguien en grandes dificultades. Contrariamente a lo que se haya podido decir, las personas allí no hacían lo que fuera por sobrevivir. En absoluto.

DOS GRANDES AMIGAS:
GERMAINE TILLION Y GENEVIÈVE
DE GAULLE-ANTHONIOZ

Germaine Tillion fallecería en 2008, algo más que centenaria. Su gran amiga, Geneviève de Gaulle, a la que conoció en Ravensbrück, había muerto unos años antes, en 2002, a los ochenta y dos años. El escritor francés Gilles Perrault, que dedicaría no pocos libros a los años terribles de la Segunda Guerra Mundial en Europa (*Dictionnaire amoureux de la Résistance*, *L'Orchestre Rouge*) resumiría aquel destino, siempre heroico y paralelo, de las dos amigas: «Fueron dos mujeres cuyo recorrido vital se mostró siempre impecable, hasta el fin de sus días». Su compañera en el campo de Ravensbrück, Anise Postel-Vinay, que tanto recordaría, en su libro de memorias, *Vivre (Vivir)*, a Germaine y a su heroica madre, igualmente resistente y muerta allí, algo que sumió a Germaine en un dolor indescriptible y profundo que arrastraría toda su vida, diría de ella y de la fortaleza que siempre la caracterizó: «Yo iba en el mismo tren que Germaine hacia Ravensbrück. Era una mujer que se interesaba absolutamente por todo, extremadamente bondadosa, apasionada por la gente, fuera la que fuera, incluyendo en ello a los hombres prehistóricos. Yo tenía veinte años, ella treinta y cinco, y me salvó de la depresión».

Pero la muerte de su querida madre, la escritora, crítica de arte y valerosa resistente Émilie Tillion, gaseada por los nazis a los sesenta y nueve años en Ravensbrück, el 2 de marzo de 1945, poco antes del fin de la guerra, al ser declarada «no apta para el trabajo», y a la que Germaine intentó proteger siempre, ayudada por Anise, desde su llegada al campo, no sería el único sufrimiento que tendría que afrontar, como diría esta última: «Germaine sufrió terriblemente porque sus camaradas de la misma red del Museo del Hombre fueron arrestados progresivamente desde febrero de 1941. Luchó con todas sus fuerzas para obtener una condonación de la pena de muerte para ellos, pero, finalmente, siete fueron fusilados. Algo que

le hizo sufrir muchísimo. Durante la guerra de Argelia, volvió a intentar, del mismo modo, obtener la gracia para los condenados a muerte argelinos. Su amiga Geneviève estaba hecha de la misma pasta, era también una mujer sumamente sensible hacia la injusticia, y una mujer de acción».

Anise Postel-Vinay (París, 1922-2020) entró a formar parte del Servicio de Inteligencia de la Resistencia Francesa a los diecinueve años. El 15 de agosto de 1942, a los veinte, fue detenida y llevada ante la Gestapo. Estuvo en las cárceles de La Santé y Fresnes, antes de ser deportada a Ravensbrück en octubre de 1943. Tanto en las cárceles como, sobre todo, en el campo de concentración, convivió con Germaine Tillion y Geneviève de Gaulle-Anthonioz, resistentes como ella, y las tres se hicieron grandes amigas. En su libro de memorias *Vivir* –escrito en colaboración con Laure Adler, biógrafa de Marguerite Duras, Hannah Arendt y Simone Veil, entre otras–, Anise, última persona en ver viva a la madre de Germaine Tillion, narraría, de forma emocionante, cómo fueron los últimos momentos de aquella valerosa y digna mujer:

Por aquella misma época, las autoridades del campo comenzaron a organizar grandes llamamientos para seleccionar a las mujeres más cansadas. Sabíamos que aquel tipo de selección se llevaba a cabo en Auschwitz, pero se ve que también había llegado a Ravensbrück [...] Hacían desfilas a las mujeres de una en una o de cinco en cinco y apartaban a las más débiles, que iban formando poco a poco un triste rebaño al que llamábamos «la cuadrilla de la chimenea». Así fue como perdí a Madame Tillion, la madre de Germaine. Aquello fue lo más duro que habría de vivir en Ravensbrück [...] Pasamos una noche espantosa. Estábamos con un grupo de gitanas que sabíamos que iban a ser gaseadas. En ese momento me prometí que, si lograba regresar con vida, emplearía hasta mi último aliento en contar todo lo que había visto. Fue entonces cuando a nuestra pobre Germaine le entraron unos fuertes dolores de mandíbula y una fiebre de caballo. En cuanto amaneció, la llevaron a la enfermería. Ya no se tenía en pie. Yo me quedé sola con Madame Tillion y otra camarada [...] Pasó el día y Germaine

continuaba en la enfermería. Se avecinaba una nueva selección. Me pregunté qué iba a hacer con Madame Tillion, que no caminaba bien, que tenía el pelo blanco [...] Le dije que entre una amiga mía de veinte años y yo podíamos subirla hasta la cuarta planta. Algunas chicas lo hacían con sus madres. Pero ella me respondió con una sonrisa: «¿Me está tomando el pelo? ¡No pienso subirme al tejado! ¿Sabe, querida? Prefiero enfrentarme a mi destino. No quiero que me esconda, no vale la pena», insistió. Se la veía muy serena, muy decidida. No quería escuchar nada. En aquel momento, recordé que un día, mientras charlábamos, Madame Tillion me había comentado: «Si hay algo que me disgustaría sobremanera sería morir bruscamente, no verme morir. Me decepcionaría mucho tener un final como ese. Necesito verme morir con tranquilidad e ir al encuentro de mi Dios».

Mucho más tarde, unidas ya para siempre tras haber estado en aquel campo donde las muertes eran las más atroces, Geneviève de Gaulle-Anthonioz le describiría en una carta, a modo de prólogo para la obra *La traversée du mal* («La travesía del mal») de su amiga Germaine Tillion, el momento en que se conocieron:

Cuando te vi por primera vez, querida Germaine, querida Kouri (porque siempre te llamé así) estabas parada frente a la ventana de nuestro barracón en Ravensbrück, algo que estaba terminantemente prohibido. Según las órdenes, aquel febrero de 1944 estábamos aún en cuarentena. Tu maravillosa mamá formaba parte, como yo, del gran convoy de las veintisiete mil, y tú te nos habías adelantado unos cuantos meses. Te miré: tu rostro firme y sereno nos reconfortaba; estábamos embargadas aún por el miedo al ver el aspecto apenas humano de muchas de nuestras desgraciadas camaradas. Lo que nos hiciste saber entonces, con ese tono tuyo mesurado que siempre te caracterizó, era nada más y nada menos que tu conocimiento profundo del sistema *concentracionario*. Exactamente lo que teníamos que saber para no dejarnos destruir por su apariencia de absurdo: las fases del genocidio, el exterminio a través del trabajo, la razón de ser clasificadas «transportes negros», el coste de los prisioneros, los beneficios personales de

Himmler... Escuchándote, ya no éramos unos *Stücks*, unos pedazos de algo, sino, de nuevo, personas; podíamos luchar, porque podíamos entender [...] Y he aquí que, sesenta años después, nos sigues enseñando a mirar, a escuchar, a intentar entender.

Nacida en 1876 como Émilie Cussac, en Talizat, en una familia de adinerados terratenientes de Cantal, en la región de Auvernia, la valerosa madre de Germaine, muerta en Ravensbrück, se casó en 1900 con el magistrado Lucien Tillion. Junto a su marido, fueron autores de las populares *Guides Bleus*, pero se quedó viuda muy pronto, con dos hijas. Persona indispensable en el *milieu* cultural parisino, Émilie se dedicó, sobre todo, a dar numerosas conferencias sobre arte. Gran patriota y humanista, Émilie Tillion entró muy pronto en la Resistencia, poniendo su domicilio, en Saint-Maur-des-Fossés, a disposición de los jefes de la Resistencia.

ESCUCHANDO A GERMAINE COMO A UN ORÁCULO

En Ravensbrück, todas ellas escuchaban siempre a Germaine como quien escucha a un oráculo. Así lo recordaría Anise Postel-Vinay, en sus memorias:

Siempre nos sentíamos extremadamente amenazadas. Y, en calidad de «Noche y Niebla» (opositores al régimen nazi) todavía más. Un día nos hicieron salir del barracón y enseguida comprendimos que algo malo se avecinaba [...] Sentí un miedo atroz, como la noche en que creí que iban a fusilarme. Germaine, a cuyo lado me encontraba, como de costumbre, debió de percibir que estaba muerta de miedo, pues me cogió de la mano y, dado que tenía una teoría para cada acontecimiento de la vida, me dijo: «Mira, es bien sabido que, en las peores circunstancias, cuando todo un grupo está amenazado, siempre hay al menos un 10% de supervivientes». Aquello me consoló. Gozaba de una gran bondad, de una gran sensibilidad con los demás,

no vacilaba en acudir en su auxilio. Verdaderamente, era una persona maravillosa, tuve la suerte de tenerla a mi lado en Ravensbrück durante casi dos años.

Por parte de Germaine se trataba en todo momento de abrirles los ojos a las que iban llegando a aquel submundo aberrante y absurdo en su atrocidad y extrema violencia; en ayudarles a descifrar y catalogar lo inconcebiblemente humano. Algo que muchos años después su gran amiga Geneviève de Gaulle seguiría agradeciéndole, de forma insistente, a la lúcida y serena observadora que siempre fue Germaine Tillion: «Lo que nos diste fue esa capacidad permanente de entender: tú observabas y nos ayudabas a entender. Era necesario que primero de todo tú lo entendieras y luego que nos comunicaras ese conocimiento, lo cual no era nada fácil, ya que era algo muy peligroso. Aunque ¿qué no lo era entonces?». A lo que, tras un momento de silencio solemne y concentrado, la misma Germaine, en aquel diálogo que mantendría décadas después con su gran amiga de Ravensbrück, contestaría: «Por supuesto... Se trataba de demostrar mentalmente, de entender el funcionamiento de una mecánica, incluso si te estaba aplastando en esos momentos; de afrontar lúcidamente y en todos sus detalles una situación, en ocasiones desesperada. Se tenía que hacer con una considerable cantidad de sangre fría, de serenidad y de fuerza de ánimo».

Hay que aclarar que cuando las resistentes llegaron a los campos, algunas fueron registradas como presas políticas, pero a otras les adjudicaron uno de los estatus más temidos, con el nombre alemán de *Nacht und Nebel* (NN). Las «Noche y Niebla», además de estar privadas de libertad, tenían prohibida cualquier comunicación con el exterior, vivían en condiciones precarias y estaban condenadas, literalmente, a desaparecer, porque su destino final, y casi siempre invariable, era la cámara de gas o la ejecución: es decir, desaparecer en la noche y en la niebla.

Germaine, como su amiga Geneviève y otras muchas resistentes que volvieron de aquel infierno y que, casi inmediatamente, se embarcaron en luchas, de nuevo, necesarias, que urgían su partici-

pación, fueron el ejemplo máximo porque, aunque pasaran los años e incluso a edades avanzadas, nunca olvidaron que su juventud había transcurrido bajo la bota terrible y amenazadora del fascismo nazi. Nunca dejaron morir aquel sueño: el de un mundo mejor, un mundo de paz, libre de violencia, de racismo y de injusticias. Una vez acabada la guerra, continuaron defendiendo aquellos ideales. Aunque en muchos casos la desilusión fuera grande, así como doloroso el recuerdo de tantos compañeros y familiares caídos, ellas siguieron resistiendo a la amenaza diaria del olvido y no cesaron de hablar de aquellas atrocidades pasadas. También emprendieron, y se implicaron, en nuevas luchas, como fue el caso de Germaine con la guerra de Argelia, donde tuvo un gran protagonismo, o el de Geneviève, que se batió toda su vida en el campo de los derechos humanos. Supervivientes de los campos, se sintieron embargadas hasta el final por «el deseo visceral de vivir», como lo llamaría Germaine Tillion en su obra *Ravensbrück*.

Sobrevivir en Ravensbrück entre 1939 y 1942 –diría Tillion– era la prueba al mismo tiempo tanto de un gran vigor moral y físico, como de una particular suma de circunstancias. Cuando el vigor y las circunstancias se veían reunidas, las beneficiarias de esta unión tenían entonces ocasión de adquirir el olfato de un viejo ratón: y si el viejo ratón había tenido relación anteriormente con el alfabeto alemán, podía establecerse dentro de la «jerarquía paralela», algo que aumentaba, de forma provisional al menos, sus oportunidades de supervivencia [...] En Ravensbrück, por suerte, las titulares de los puestos de esta jerarquía fueron, hasta donde yo sé, casi todas «internas políticas».

Las que volvieron se convirtieron en unas *resucitadas*. Unas resucitadas a las que les había sido concedido el milagro de una segunda oportunidad; unas resucitadas que decidieron, a lo largo de toda su existencia, vivir plenamente con el amor por el conocimiento, con la pasión por la fraternidad y con una compasión activa, militante. Habiendo salido vencedoras de muertes más que seguras, el asco profundo que sentirían ya para siempre por el mal absoluto

y el dolor extremo guiaría sus caminos una vez acabada la guerra. Ese sería, precisamente, el título de una de las obras de Tillion: *La travesía del mal*, la reconstrucción intelectual, moral y social, «cicatrizante» y necesaria, de toda una sociedad, a los ojos de una etnóloga que se había enfrentado al nazismo y que había derrotado, junto a otros, el aparentemente inexpugnable y poderoso engranaje criminal y asesino del Tercer Reich alemán.

Así lo expresaría su amiga Geneviève de Gaulle en la presentación de esta obra, *La travesía del mal*: «Durante casi sesenta años, nos enseñaste a mirar, a escuchar, a tratar de comprender. Y siempre fue con amabilidad, a menudo con compasión. Tus camaradas se cruzaban con tus amigos bereberes, con paracaidistas y combatientes argelinos del FLN por las escaleras; el general De Gaulle estaba atento a lo que le comunicabas. ¡Qué extraordinaria suerte el haber “atravesado el mal” a tu lado: cuando te vimos pudimos creer de nuevo en el bien, supimos que aún podíamos esperar!».

GERMAINE TILLION: LUCHANDO CONTRA EL PENSAMIENTO DOGMÁTICO

Frente al pensamiento dogmático, figuras del siglo xx como la gran etnóloga y memorialista que fue Germaine Tillion encarnaron siempre la audacia y valentía de la incertidumbre. Ya fuera en el infierno de los campos o durante la guerra de Argelia, esta combatiente de la Resistencia trató de mantener siempre una firme ética de la verdad, combinando rigor y emoción. Su exigencia de un mundo poblado de matices sería la de una investigadora, pero también la de una moralista. Precisamente ese sería el título escogido por el ensayista francés Jean Birnbaum, para su libro *El coraje del matiz (cómo negarse a ver el mundo en blanco y negro)*, en el que le dedica un capítulo importante a Germaine Tillion («La verdad en el corazón»).

Contra los colegas que creían proclamar una fría objetividad, Tillion se obstinará en mantener unidas la investigación rigurosa y la experiencia sensible [...] Véanse, por ejemplo, sus estudios consagrados a Argelia, país que surcó por primera vez entre 1934 y 1940, y que redescubrió, quince años más tarde, en plena guerra por la independencia; al igual que en *Ravensbrück*, sus «textos argelinos» ilustran la decisión que la joven resistente había tomado ya en 1941, cuando aseguraba: «En el plano de las ideas, solo conocemos de inmediato una causa que nos es querida, la de nuestra patria, y es por amor a ella por lo que nos hemos agrupado, para intentar mantener su fe y su esperanza. Pero no queremos, no queremos en absoluto, sacrificar la verdad por ella, porque nuestra patria nos es querida solo a condición de que no tengamos que sacrificarle la verdad».

Tal vez porque recibió una educación cristiana, Germaine Tillion fue una de esas intelectuales que conservaron una sensibilidad y un compromiso, siempre militante e incansable, hacia la cuestión del mal. En su obra, el heroísmo y el humor se despliegan constantemente con una premisa fundamental y desencantada: «La humanidad es algo peligroso». Algo muy perceptible por su parte, cuando menciona a Robert Alesch, el sacerdote que la denunció y que trabajaba para la Gestapo. Leyendo a Tillion, hay algo cercano a lo inexplicable en la «perversidad» de este hombre. Se trata de una perfidia que adquiere tintes demoniacos y casi «sobrenaturales».

Según Germaine, son espíritus malignos que no pueden ser vencidos. Podemos tratar de resistirlos, de sobrevivir a ellos, de nombrarlos tal y como son, pero no mucho más. Poco después de su regreso de la deportación, esta combatiente de la Resistencia tuvo una pesadilla que cuenta en *L'enfant de la rue et la dame du siècle. Entretiens inédits avec Germaine Tillion*, de Michel Reynaud. En medio de un refectorio, los hombres de las SS estaban sentados a una mesa, frente a la comida, y un oficial inglés se dirige a ella: «Verás, les vamos a servir esta comida y luego los vamos a decapitar». Así que ella se acerca tímidamente a uno de los nazis. «La pregunta que quería hacer –dice Germaine Tillion– y la única pregunta que

hago, es: “Señor, discúlpeme por molestarlo, solo quería preguntarle: ¿por qué fue tan malo?”. Luego él hace un gesto, como diciendo “¿cómo quieres que lo sepa?”. Y yo me quedo callada.»

Algo, el rostro indiferente, la banalidad del rostro, del mal, parafraseando a Hannah Arendt, que Germaine ya había contemplado, en directo, no solo en sueños, cuando asistía como cronista en Hamburgo a los juicios contra los criminales de Ravensbrück, después de la guerra, en 1947. «Aprendí mucho de aquellos juicios», manifestaría Tillion tiempo después. Los ingleses, encargados de llevar el proceso, no permitían que las antiguas deportadas asistieran a las vistas, a menos que declararan como testigos. Pero las distintas asociaciones de mujeres protestaron y exigieron que, al menos, hubiera una representante –y ese fue el caso de Germaine, elegida para esa tarea– que asistiera a todos los juicios. Y así lo hizo, de principio a fin:

A lo largo de numerosas interrupciones –diría Germaine Tillion en *La traversée du mal*– a veces me quedaba yo sola en la sala y entonces me ponía a mirar a los acusados de los que conocía perfectamente todos los rostros. Me llegó a pasar que tuve piedad de ellos –una piedad afligida–, al verlos comunicarse a través de signos con alguien en la sala. En aquellos momentos, dejaba por un momento de considerarlos torturadores y, ante mí, se convertían en prisioneros. Es decir, en gente tan solo lamentable.

UN ARMISTICIO DESPRECIABLE

El 17 de junio de 1940, el mariscal Pétain anunció por la radio que había pedido un armisticio: «En estas horas dolorosas pienso en los desafortunados refugiados que, en la más extrema indigencia, recorren nuestras carreteras». En una calle de París, tres mujeres se habían parado, mientras escuchaban este discurso vergonzoso: una etnóloga de treinta y tres años llamada Germaine Tillion, acompañada de su madre y de su abuela. La investigadora en etnología

acababa de pasar varios años en Argelia, entre los bereberes. No estaba especialmente politizada y nunca había mostrado el menor impulso por militar en algo. Sin embargo, ya entonces era portadora de fuertes valores morales y de un sólido sentimiento patriótico, que había heredado de sus padres, una pareja de católicos cultos. Tanto es así que, ese día, cuando escuchó las palabras del viejo soldado condecorado durante la Gran Guerra («debemos dejar de luchar») Germaine Tillion vomitó inmediatamente. Este rechazo visceral la convirtió, acto seguido, en una luchadora de la Resistencia, cuya primera decisión fue crear, junto con otros, la famosa red del Museo del Hombre, acogiendo a los fugitivos, llamando a la desobediencia y elaborando documentación falsa.

Cuando Germaine terminó sus misiones de investigación etnológica en Aurés, Argelia, a principios de junio de 1940, volvió a París en el momento de la debacle del Ejército francés. Su decisión de no aceptar la derrota y de afiliarse a la Resistencia fue inmediata, espontánea, apenas necesitó reflexionar mucho más. Desde que oye a Pétain anunciando que ha pedido el armisticio, desde el momento en que se pone, literalmente, a vomitar en plena calle, sale a la búsqueda de otras personas que piensen como ella. Y no le costará encontrarlas, desde luego. Como recordará en su libro de conversaciones con Frédéric Mitterrand, *Les combats d'une ethnologue*:

En aquellos días, totalmente trastornada por los acontecimientos, decidí consultar los periódicos en las bibliotecas. En concreto, tropecé con un periódico alemán que decía que había que atacar a Francia en 1939, porque era el año de nuestra mayor debilidad. Debilidad demográfica querían decir. En 1940, tras las bajas sufridas en la Gran Guerra, tras el descenso de nacimientos y la *débacle* sufrida en el ataque relámpago de las tropas nazis a la línea Maginot, no quedaban muchos hombres: cerca de dos millones habían sido hechos prisioneros y los otros estaban en la zona libre. Esto quiere decir que cuando nosotras llegamos a la Francia ocupada de junio y julio de 1940, lo que había era sobre todo mujeres, inválidos y evadidos que comenzaron la Resistencia en junio y julio de 1940. Y esta Resistencia estaba más

extendida de lo que se ha dicho. Pronto se reagrupó en redes y, entre ellas, estaba la red del Museo del Hombre.

Una vez introducida en la Resistencia y convertida en miembro de esta red del Museo del Hombre, como recordará Tzvetan Todorov en el capítulo que le dedica en *La experiencia totalitaria*:

Tillion descubre muchas más cosas. Mientras que la etnología le había enseñado que no hay diferencias cualitativas entre los diferentes tipos humanos, ahora aprende que no todos los hombres son iguales y que los más próximos pueden resultar totalmente extraños. Sin duda, hay dos razas de hombres, pero sin distinguir entre europeos o africanos, civilizados o bárbaros. Tampoco se distinguen los que mantienen diferentes posiciones políticas o los afiliados a diferentes partidos, ya que Tillion ha descubierto que entre sus compañeros de la Resistencia las simpatías políticas van desde la extrema izquierda de talante comunista hasta la extrema derecha monárquica y católica. Por eso, ella, que habla con todos, se califica de moderada.

La experiencia de Ravensbrück confirmará todas sus teorías: una vez deportada, todo lo que ya había intuido se va perfilando mucho más. La gran división de la humanidad es sobre todo de «naturaleza moral». Una de las características del régimen *concentracionario*, dirá Tillion más tarde en su libro, ese minucioso observatorio etnográfico que le proporcionó el universo de Ravensbrück, fue que la realidad de los campos «nunca fue *vista* por un espectador indiferente». «No hay que contar –afirmaba Tillion– con encontrar testigos sin “prejuicios”. Aunque el prejuicio, si es de buena fe, no es más que una de las innumerables causas de errores involuntarios que habrá que temer, junto a las precauciones que tendremos que tomar por fuerza. Otra cosa es el prejuicio acompañado de mala fe, que entra directamente dentro de la categoría de las mentiras, casi más fáciles de aislar.» Las categorías morales muy pronto se ponían en evidencia, desde el comienzo mismo de la Resistencia, hasta la deportación final a Ravensbrück. «Están –afirmará

Germaine— los que sabían que preferían morir a traicionar, y los que preferían traicionar a morir; están los que sabían que podían dar su último trozo de pan, y también los que podían robar el de un enfermo o un niño.» Tillion llamará «fiabilidad» a la cualidad humana que más le importaba.

La traición, la delación cobarde, las miserables denuncias que se sucedían aquellos días, serán de las cosas más odiadas por Germaine. El destino ha querido que haya visto muy de cerca a los que han decidido traicionar: ella misma, su madre y sus mejores amigos de la red serán víctimas de un traidor. Por ello, sus camaradas serán enviados al paredón y su madre, a la cámara de gas. «Descubriré —como dice Tzvetan Todorov— que hay seres que no solo traicionan por egoísmo o avidez, sino que, además, gozan con el sufrimiento de los demás. Para ella, representan el escalón más bajo de la humanidad, su vertiente atroz.» Uno de ellos es un cura, conocido en prisión, del que Tillion ofrece un sobrecogedor retrato y que le explica a ella, con una amplia y feliz sonrisa, la suerte que les espera a sus compañeros condenados a muerte. Otro, «con la misma y amplia sonrisa de felicidad», elige en Ravensbrück, sádicamente, a las mujeres que van a ser gaseadas de inmediato (las judías húngaras y las gitanas no tenían ninguna opción desde el primer momento, comentará Germaine) y mientras las selecciona, les va diciendo: «El corazón late, ¿verdad?». Germaine lo aprenderá, una vez más, amargamente: muchas de las peores cualidades humanas permanecían latentes, a la espera, en las épocas «de paz», por así llamarlas, pero toda sociedad contenía de antemano, dentro de sí, el germen del odio, del miedo, del crimen, el gusto sádico del matar por matar, que, en las condiciones adecuadas, pueden campar a sus anchas y convertirse en monstruosidades parecidas a las que se dieron en Ravensbrück y en otros campos.

Germaine Tillion sería detenida en París, el 13 de agosto de 1942, a raíz de la denuncia de un sacerdote colaboracionista. «Es el único caso, creo —comentará Germaine en *La travesía del mal*— de un sacerdote que fue agente de la Gestapo, que él mismo se ofreció para trabajar con ellos.» Les escribió una carta para ser reclutado y la

Gestapo lo transfirió a la *Abwehr* (la inteligencia militar nazi). Juzgado en el momento de la Liberación, este cura sería condenado a muerte.

Primero, como se ha dicho, Germaine fue encarcelada en la prisión de La Santé y luego en Fresnes, el más importante centro de represión contra la Resistencia, y en su celda trabajó en su tesis doctoral, lo mismo que hicieron Boris Vildé y Anatole Lewitsky, ambos, resistentes de origen ruso, pertenecientes a la misma red y fusilados en 1942. Deportada a Ravensbrück en octubre de 1943, su querida madre llegaría allí algo después, en febrero de 1944. Lo mismo que Primo Levi al volver de Auschwitz, Germaine Tillion sería una de las primeras en escribir sobre la deportación y los campos nazis, en su caso el de Ravensbrück, en 1945. La obra sería publicada en 1946 bajo el título de *En busca de la verdad* (en la obra colectiva *Ravensbrück*), culminación de las notas tomadas furtivamente «ya en 1942». Desde los primeros días del horror, Germaine Tillion quiso saber: «Esta angustiosa búsqueda de la verdad me había dado primero el coraje de informarme (a pesar de los riesgos y dificultades imaginables). Era un deber saberlo».

El primer *Ravensbrück* de Tillion, de 1946, contenía, sobre todo, hechos observados por las prisioneras. El segundo *Ravensbrück*, publicado en 1972, contrastaba aquellas observaciones con lo que habían escrito o confesado los SS, en especial los dos comandantes del campo. Entre 1972 y 1987, los archivos de la Segunda Guerra Mundial, al fin disponibles, permitieron numerosas precisiones y aportaron luz; en particular, acerca de la cronología de una política determinada llevada a cabo por Himmler sin que Hitler lo supiera. También mostraron la sincronía de las órdenes que Himmler repartía personalmente entre los diversos campos de concentración, así como la existencia de un doble cuerpo de «funcionarios del exterminio»: uno adscrito a la cancillería privada de Hitler y el otro, reclutado y pagado exclusivamente por Himmler.

A aquella tranquila valentía que siempre demostró Germaine Tillion se añadía, por su parte, una honestidad profundamente escrupulosa: al volver a publicar su texto, veintisiete años después,

Germaine Tillion lo acompañó de correcciones y reducciones, tanto en los hechos narrados como en los juicios realizados. Desde dentro, pudo percibir muy rápidamente la esencia de la psicología de los «explotadores» del campo, donde coexistían la preocupación por la rentabilidad y el objetivo final del exterminio. Llamarlos monstruos, como muchas veces, lógicamente, sucede, sería en cierto modo tranquilizador. Tillion cita, en su capítulo de *Ravensbrück* titulado «Los monstruos son hombres», al historiador H. R. Trevor-Roper que describió a Himmler como un personaje «de una ignorancia y de una simpleza extraordinarias, extremadamente insignificante, banal y mediocre, parecido a los inquisidores de la Edad Media».

Toda una gran gama de personajes «de apariencia humana» está representada en la obra de Tillion. Describe con exactitud quirúrgica «el temperamento agrio y frío de los asesinos, de los sádicos y de los brutos alcoholizados; de los que golpean con conciencia y probidad administrativa, por capricho y negligencia, o accidentalmente, cuando tenían miedo». Porque, a veces, los verdugos tenían miedo. En cuanto a las mujeres de las SS, como dice, «procedían de todas las clases de la sociedad alemana. No todas eran voluntarias. Muchas no se habían inscrito nunca en el partido nazi y habían sido reclutadas de toda la sociedad: revisoras de tranvías, obreras de fábrica, cantantes de ópera, enfermeras diplomadas, peluqueras, jinetes de circo, campesinas, jóvenes de la burguesía que jamás habían trabajado, institutrices jubiladas, viudas de oficiales, antiguas guardias de prisión. Las debutantes y recién llegadas tenían, al principio, en su primer contacto con el campo, un aire asustado, y empleaban algo de tiempo hasta alcanzar el mismo nivel de crueldad y de libertinaje que las antiguas».

En el temible *Revier*, la enfermería, «las peores experiencias» precedían a los asesinatos. Sin embargo, a primera vista, nada podría ser más tranquilizador, incluso banal:

Un médico jefe concienzudo, un poco seco, que sacrifica a sus pacientes en beneficio de su carrera; un incompetente de mente bastante

limitada; un hombre honrado; una vieja enfermera, hipócrita y dura, pero muy digna; una gran mayoría de viejas ayudantes astutas y malvadas, con algunas de ellas amodorradas y dos jóvenes honradas y buenas. Es un promedio poco entusiasmante, pero no monstruoso para ningún hospital de cualquier parte del mundo. Esta gente no fue más que un instrumento demasiado dócil, pero, sin embargo, fue este equipo de gente común, reclutada en su totalidad entre la burguesía alemana tradicional, que había estudiado, que había practicado la higiene y mantenía la ropa limpia, e incluso hablaba idiomas extranjeros, la que dirigió, sin repugnancia, esta empresa tan enorme y tan insólitamente criminal que era Ravensbrück y su *Revier*.

En una palabra: gente «común», a la que Germaine encontraría atenta, incluso modesta, durante los juicios de la posguerra. Todavía no había llegado el momento de la arrogancia y la virtual impunidad.

Tras la psicología aplicada a los «amos», también la de los deportados sería objeto de penetrantes observaciones por parte de Germaine Tillion, que a menudo comentaba hechos terribles del «día después». Así, con respecto al esfuerzo requerido por el simple hecho de sobrevivir, escribiría: «Debido a esto, a ese esfuerzo sobrehumano por mantenerse con vida, para muchas de nosotras la liberación fue, paradójicamente, algo terrible, porque el apoyo ante el peligro faltó de repente en seres a quienes se les habían roto todos los resortes vitales». Hubo suicidios *después* de la apertura de los campos. Y muchos se preguntarán: ¿sabían los deportados hasta dónde podían llegar los nazis? La pregunta requiere una respuesta matizada, de acuerdo con los diferentes campos y la situación dentro de cada uno de ellos. Fue así, desde luego, en Auschwitz, donde «las ejecuciones públicas, los asesinatos en masa se llevaron a cabo ante la mirada de todos»; pero no sucedió del mismo modo en Ravensbrück, donde las ejecuciones no eran públicas y donde se retrasó la instalación de la cámara de gas y los hornos. De ahí esta observación de Tillion: «Aquellos que quisieran ignorar podían, al menos en parte, hacerlo. Y eran la

mayoría... Algunos deportados, después de regresar del cautiverio, exageraban lo que habían visto o conocido, pero antes de la liberación, en medio de los horrores del campo, el error más común fue el contrario: negarse a creer las atrocidades».

«El sentimiento dominante de las francesas en Ravensbrück –precisará Germaine Tillion respecto a este “no querer saber”–, más que el miedo, fue el estupor, la consternación. En el primer contacto con el campo, fueron las más optimistas, las menos lúcidas las que recibieron el choque psíquico más rudo. Éramos casi todas de la Resistencia y ninguna se inmutó ante los alemanes, pero, llegada la noche, en la soledad del dormitorio, las lágrimas brotaban. Seguidamente, al cabo de dos o tres días, varias intentaron negar la realidad, luchar contra ella con sus pobres medios: las mentiras, las quimeras, las recetas de cocina, y se irritaban cuando se les revelaba un nuevo horror. “Incluso si esto es verdad, no quiero saberlo”, me llegaron a decir algunas camaradas a las que yo intenté iluminar. A la manera de una neurosis, una cierta futilidad a veces es el refugio contra realidades intolerables».

DAVID ROUSSET, JEAN-FRANÇOIS STEINER Y EL UNIVERSO CONCENTRACIONARIO

Si los nazis habían logrado privar de toda voluntad a muchas víctimas, que se abandonaron a su suerte «como maniqués», no sucedería así con los supervivientes, que afirmarían a cada paso su voluntad de seguir vivos y testimoniar. En 1947, en *Les jours de notre mort* (*Los días de nuestra muerte*), David Rousset afirmaría: «El triunfo de los SS exige que la víctima torturada se deje conducir al patíbulo sin protestar, que reniegue de sí misma y se abandone hasta el punto de cesar de afirmar su personalidad... No hay nada más terrible que esas procesiones de seres humanos yendo a la muerte como maniqués».

Miembro de la Resistencia francesa, activista político y superviviente del campo de Buchenwald, Rousset se haría célebre a través

de uno de los mejores libros escritos acerca del fenómeno de los campos de concentración: *L'univers concentrationnaire* (*El universo concentracionario*), que ganó el premio Renaudot en 1946. Por su parte, su obra *Los días de nuestra muerte* describiría la vida cotidiana en un campo, en una narración que combina diversos testimonios con su propia experiencia, a la hora de evocar Buchenwald, Dora, Neuengamme, Mauthausen, Auschwitz y Birkenau. En forma de crónicas, Rousset le daría vida a esta extraña e increíble realidad que era el mundo de los campos: sus reglas, sus personajes y su destino particular, sus sufrimientos y sus luchas, pero también las amistades, complicidades y artimañas que permitieron el regreso de algunos de ellos. También contaba cómo, en todos los campos, los «políticos» trataron de resistir a las SS, «organizarse» y superar la peor de las capitulaciones, que era la desesperación.

Testimoniar algún día sería el motor de todos ellos para seguir sobreviviendo y evitar los frecuentes suicidios. El joven líder del levantamiento del gueto de Varsovia, Mordechai Anielewicz, le decía a su novia, Tema, unos días antes de la sublevación del gueto, donde ambos se suicidaron antes de la llegada de los alemanes: «De todas formas, todo está perdido; así que vive, vive a toda costa; podrás contar, tú, que sabes contar». Como escribiría en su impresionante obra *Treblinka* Jean-François Steiner, nacido en 1938, en París, hijo de Kadmi Cohen, un abogado y escritor francés muerto en el campo de concentración de Gliwice: «En los primeros días de Treblinka, la necesidad de testimoniar había sido para muchos una razón para sobrevivir. Se descubrió como argumento para convencer a los suicidas y habría de ser la razón más honda de la rebelión». Una rebelión que, por fin, se produjo el 2 de agosto de 1943. Guardias alemanes y ucranianos abrieron fuego sobre los prisioneros, que no pudieron llegar a la puerta principal y tuvieron que intentar escapar a través del campo minado que circundaba el campo; alrededor de trescientos lograron evadirse.

Steiner explicó detalladamente en su obra la manera en que, en Treblinka, se instaló el corredor de la muerte, integrado por judíos polacos, los cuales eran exterminados y sustituidos por otros

nuevos llegados en número aproximado al millar. En el *Sonderkommando*, los nazis, en un sistema perfecto en su perversión, «serializaron» a los prisioneros, separándolos unos de otros, donde inmediatamente perdían su identidad y se convertían en un simple número; luego, se destruía su sensibilidad humana, a fin de impedirles formar grupos de solidaridad. Esta situación brutalmente aterradora los condujo a una conducta sumisa, de zozobra análoga y pánicos inducidos por los «técnicos» nazis, que los utilizaron como cobayas de un gran experimento destinado a aniquilar a todos los pueblos «no arios» de la tierra. Estos «técnicos» nazis fueron anulando, una a una, todas las resistencias de aquellos a los que torturaban sistemáticamente. Los prisioneros de Treblinka no estaban preparados para afrontar una muerte tan ignominiosa. Sin embargo, salió a relucir «el ingenio y el valor del judío que se crece en tiempos difíciles», tal y como afirmaría Steiner en su libro.

En el verano de 1944, en su avance hacia Berlín, el Ejército Rojo llegó al lugar que había ocupado el campo de exterminio de Treblinka, donde fueron asesinados unos ochocientos mil judíos. Los responsables nazis del campo lo habían arrasado, con el fin de eliminar todo vestigio. Sin embargo, fueron apareciendo los testimonios de lo que allí había ocurrido y, sobre todo, lo acontecido el 2 de agosto de 1943, cuando estalló una rebelión de los prisioneros judíos en aquel siniestro campo de exterminio, instalado por los nazis al nordeste de Varsovia, la capital polaca.

El escritor Vasili Grossman, que durante la guerra había viajado con las tropas soviéticas para describir en sus crónicas lo que ocurría en el frente, sería el encargado de reconstruir el relato de lo acontecido en un texto de 1946 titulado *El infierno de Treblinka*. En él se podía leer:

En la canción *Treblinka*, que los alemanes obligaban a cantar a los ochocientos hombres que trabajaban en la cremación de los cadáveres, hay unas palabras en las que se invita a los recluidos a la sumisión y a la obediencia; a cambio, se les promete «la pequeñísima felicidad que brilla por un breve instante». Y cosa sorprendente, en la

vida del infierno de Treblinka hubo, en efecto, un día feliz. Los alemanes, sin embargo, se equivocaron, porque no fueron la sumisión y la obediencia las que proporcionaron este día a los condenados a muerte; fue la valentía de los audaces. Los reclusos concibieron un plan de sublevación. No tenían nada que perder. Todos ellos estaban condenados a muerte, cada día de vida era un día más de sufrimientos y de martirios. Ni uno siquiera de entre ellos, testigos de los terribles crímenes de los alemanes, habría sido perdonado. A todos les esperaba la cámara de gas.

Nadie les había enseñado hasta entonces a aquellos judíos a ser héroes y a tener el valor de luchar para enfrentarse a sus verdugos. Como dirá la filósofa Simone de Beauvoir en el excelente prólogo que escribió para la obra *Treblinka* de Steiner:

El heroísmo no es innato. Desde su infancia, toda la educación de los jóvenes *sabras* de Israel tiende a inculcárselo en forma de valor militar. Los hombres de Treblinka eran gente corriente, a los que nada había preparado para afrontar una muerte violenta y, lo más frecuente, atroz. Como durante los primeros meses los equipos eran liquidados y sustituidos a un ritmo muy rápido, no tenían tiempo de imaginar formas de resistencia. Lo milagroso es que, a pesar de todo, algunos de ellos lo hubieran conseguido y que todos los prisioneros los secundasen [...] Si bastan algunos cobardes para que la serie entera se conduzca cobardemente, en cuanto aparece un grupo, bastan algunos héroes para que las gentes, recobrando la confianza unas en otras, comiencen a atreverse [...] La red de evasión estuvo destinada más que a salvar vidas, a revelar al mundo la horrenda realidad de Treblinka.

Pasadas las décadas, pasadas las generaciones sucesivas, e incluso ya en los primeros momentos (en particular, a través de figuras sobresalientes en el estudio del Holocausto, como Raul Hilberg y Hannah Arendt), surgieron muchas incógnitas, y no pocas preguntas acerca de *cómo fue posible* aquello: cómo mataron

los alemanes a tantas personas, a tantas víctimas en aquel proyecto criminal, y cómo tanto las poblaciones del entorno como la comunidad internacional no pudieron detener aquella masacre incesante. Pero también, se repitió desde el comienzo una pregunta incómoda, que surgía una y otra vez, intentando al mismo tiempo no ser cruel ni despreciativo con toda aquella pobre gente sacrificada: ¿Por qué más judíos no se rebelaron más a menudo? «¿Por qué —se pregunta el historiador Peter Hayes, especialista en estudios del Holocausto, en su libro *Las razones del mal*— los habitantes del gueto de Varsovia no se levantaron contra los alemanes hasta abril de 1943; los internos de Treblinka y Sobibor no lo hicieron hasta agosto y octubre de aquel año, y el *Sonderkommando* de judíos al que se asignó el funcionamiento de los crematorios de Auschwitz, hasta el otoño de 1944, cuando se tuvo la certeza de que los alemanes pretendían matarlos a todos?» La pregunta no es muy justa, se responderá Hayes, porque sí hubo brotes de resistencia armada cuando los nazis empezaron con las deportaciones. En Cracovia, por ejemplo, en diciembre de 1942, un grupo judío hizo saltar por los aires un café al que solían ir los oficiales alemanes; o dos meses antes, en Treblinka, un interno, un judío polaco-argentino, mató al comandante Max Bialas. El autor del apuñalamiento, Meir Berliner, no intentó escapar, sino que permaneció en el lugar. Los testigos narraron que, con toda tranquilidad, abrió su chaqueta para descubrirse el pecho y dijo: «Por favor, no tengo miedo. Pueden matarme». Fue asesinado al instante con palas y a culatazos, y su cuerpo, arrojado a una fosa. Se da el caso de que, en Treblinka, murieron ochocientos cincuenta mil judíos y un solo militar nazi. Sin embargo, en su conjunto, como afirmará Hayes, «la respuesta judía al gran ataque nazi fue cumplir con las exigencias y órdenes alemanas, con la esperanza de impedir que las cosas empeorasen».